

REMEDIOS

Lo defiendes... ¿Ves?

ISOLINA

Con la conciencia limpia, no tengo por qué preocuparme de los mal pensados. Pedro quiere y respeta tanto como yo á Juan Antonio.

REMEDIOS

Si sólo son ciertos detalles, hija... Evitar ciertas cosas; tratar de...

ISOLINA

Mi conducta es igual delante de todo el mundo. Juan Antonio la aprueba y no creo tener nada que corregir.

REMEDIOS

No desoigas el consejo de tu madre. Piensa que tu situación es muy delicada...

ISOLINA

Exaltándose:

¿Y por qué me pusiste en ella, mamá?

REMEDIOS

Me haces cargos, Isolina... No esperaba de ti esta ingratitud... Es lo que nos queda á las madres.

ISOLINA

Enternecida:

No, mamá, no son cargos.

REMEDIOS

A una madre no se la engaña, hija... Yo sé que tú también sientes algo por Pedro. Te sigo desde hace tiempo... Siento tu peligro en mi corazón.

ISOLINA

Si tú supieras cuanto me duele esta conversación, no la hubieras empezado nunca... Ya hay que acabarla... Mira, hasta mi propia voz me suena extraña: son cosas que nunca me había dicho á mí misma y que tú me obligas á decir... No creas que soy hipócrita y que quiero hacerte creer que no he pensado nunca en esto; sí, he pensado, pero de esa manera confusa y tímida, que no toma siquiera dentro de nosotros la forma concreta que tienen las palabras, aun las palabras que no se dicen... Por nada

ni por nadie faltaré á la fidelidad y á la gratitud que debo á mi marido.

En voz más baja, velada por una especie de rubor espiritual.

Juan Antonio es siempre para mí, el tío Juan Antonio; el que nos recogió, el que hizo que nos dejaran de afrentar en el pueblo, el que pagó las deudas de papá... Y ahora que conozco á medias el amor y que me doy cuenta de que el lujo no llena ni con mucho todas las ansias de la vida, estoy contenta de poder pagarle...

REMEDIOS

Me asustas.

ISOLINA

Pero todo sacrificio me es dulce junto á Juan Antonio. A su lado no se puede pensar mal; su confianza desarmaría hasta á la peor mujer. Juan Antonio me ha dado como un alma nueva, y cuando pienso en la otra Isolina, en la del pueblo, en la que no sabía nada ni había abierto un libro, tengo como lástima de ella... ¡Y había de ser yo falsa con Juan Antonio!

REMEDIOS

Si no eres tú; si no me oyes...

ISOLINA

Pedro tampoco... Tú ves cómo él y yo trabajamos junto á Juan Antonio. Pues bien, mamá, te juro que nunca, ni por una alusión, ni por una mirada, lo que se dice nunca, Pedro ha dejado de ser para mí lo que debe ser... Es la primera vez que la idea concreta del mal viene á mí, y eres tú quien me la trae, mamá; por eso me duele tanto.

REMEDIOS

Si no es por ti; si no es por Pedro tampoco... Tú te olvidas del qué dirán; tú no piensas en la maldad del mundo.

ISOLINA

Ni quiero pensar... Mi sacrificio no debe ser por lo que el mundo piense: debe ser por mí misma; por gratitud, por caridad, Juan Antonio es para mí sagrado... Hiciste mal, muy mal, en preparar años y años mi boda... Pudiste equivocarte, pude ser yo de esas mujeres que sólo atienden á bajos egoísmos y á derechos discutibles; pude...

REMEDIOS

¿Verdad que no, hija?... Yo te conocía... Yo sabía bien...

ISOLINA

¡Si no me conocía yo misma, mamá!... ¿Crees que al salir del pueblo yo era lo que soy?... Una madre, á pesar de las relaciones profundas que conserva siempre con el hijo que formó en sus entrañas, no puede conocer lo que los años, los libros, la vida, van poniendo en el fondo del alma... Tú me dices que evite á Pedro, que haga que deje Madrid...

REMEDIOS

Sólo eso bastaría.

ISOLINA

Y Juan Antonio sufriría con esa separación... Trabajan juntos... Y tal vez por ella sospecharía lo que jamás ha de ocurrir... De ese modo serían los demás, en contra mía, sin que yo pudiera evitarlo, lo que habrían hecho la desgracia de mi marido.

REMEDIOS

Recuerda que Juan Antonio mismo dice que más vale prevenir que curar.

ISOLINA

Esta es ya una enfermedad para toda la vida... No hay que prevenir, ni hay que curar tampoco...

Ante el gesto consternado de su madre:

No habrá crisis peligrosa; puedes estar segura... Me quemaba esta conversación, pero quiero llegar hasta el fin, para que la misma quemadura cicatrice la herida que hace... Yo también siento por Pedro algo muy grande... No te asustes: algo donde hay mucho de agradecimiento... Porque—¿á qué negártelo?—presiento que Pedro me hubiera hecho feliz, y como conozco esa maldad del mundo de que tú hablas, como conozco esa estúpida confianza con que los jóvenes cortejan á las mujeres casadas con viejos..., con ancianos, le agradezco más su corrección, su silencio, su sacrificio... Por nada del mundo ni él ni yo faltaremos á Juan Antonio.

REMEDIOS

Si no me oyes, si hablas tú sola...

ISOLINA

Escúchame antes: ¡Me hace tanto bien decírtelo todo!... Tenía necesidad de que no sólo mis acciones, sino hasta mis pensamientos, pudieran juzgarse... Dime que no hago mal, mamá...

REMEDIOS

Qué has de hacer... Cálmaté.

ISOLINA

A veces, en momentos, no de flaqueza, que nunca los tuve, sino cuando esas ideas me persiguen, me acerco á Juan Antonio, busco su sombra como la de un árbol; y en seguida me siento tranquila.

REMEDIOS

Te acaloras y no me escuchas; era yo quien tenía que hablar y...

ISOLINA

Sí, tienes razón; perdóname...

REMEDIOS

A ver, respóndeme con calma. ¿Quieres responderme con calma?

ISOLINA

Sí, dime; pregunta...

REMEDIOS

¿Y si esa actitud—supónlo un momento—, si esa actitud respetuosa de Pedro fuera una táctica?... ¿Si Pedro siguiera las instrucciones de Socorro?

ISOLINA

¡Oh, mamá!... No. Respondo de Pedro como de mí.

REMEDIOS

Habla sólo por ti. Ya es bastante responder de uno mismo... No me hagas creer que sólo la abnegación existe en la tierra.

ISOLINA

Levantándose:

Basta, mamá... Quede aquí nuestra conversación... Hablamos dos idiomas distintos.

REMEDIOS

Tú dijiste todo: debes también oír á tu madre, por respeto.

ISOLINA

No me obligues, mamá. No apeles al respeto que te debo para forzarme á oírte.

REMEDIOS

Apelo á él y á tu gratitud. A mí me debes tu felicidad.

ISOLINA

¡Qué felicidad, que ni siquiera me permite sacrificarme en paz y me condena á vivir entre sospechas y salpicaduras!

REMEDIOS

Soy yo quien trato de evitarlas.

ISOLINA

Me basto yo, mamá... No sabes lo penoso que me es hablarte así.

REMEDIOS

Ya veo que defiendes no sólo á Pedro, sino á los suyos, que trataron por interés de quitarte de la idea de Juan Antonio. Si no fuera tu madre, podría también creer...

• ISOLINA

¡Mamá... Mamá!

REMEDIOS

¡Tonta, más que tonta. ., que no ves el juego de los de allá!... ¡Tonta y más que tonta, que te dejas engañar con embelecocos!... Contaban con tu falta, y te han echado á Pedro para que sea él... Sí.

ISOLINA

Rompiendo á llorar:

¡Oh mamá, y eres tú la que me dices eso!...

REMEDIOS

Calla, cálmate, que pueden venir...

ISOLINA

Mis primeras lágrimas después de casada; mis primeras lágrimas de mujer, mamá... ¡Qué amargas son!

REMEDIOS

Conmovida, acariciando la cabeza que ISOLINA ha refugiado entre los brazos.

¡Hija mía!... ¡Mi rapazal! ¡Ojalá no te quisiera

tanto tu madre, que sangre y vida diera por verte contental... Basta ya, no me llores... Sécate esos ojos... Sírvate lo dicho para evitar que nadie pueda atreverse á..., para que nadie pueda abrigar malas esperanzas. Toma un beso, en la frente... Yo sé que eres buena... Perdóname si sólo pensé en nuestra miseria y creí que sacándote de ella de cualquier modo te hacía feliz; perdóname si te he hecho algún mal, hija...

Se oye la voz de CAMILO que desde dentro llama:

CAMILO

¡Remedios!

REMEDIOS

Tranquilízate un momento, por Dios... ¡Que no te vean llorar..., que nadie sospeche!...

ISOLINA

Sí, ve...

REMEDIOS

Voy... voy.

Respondiendo á Camilo:

Sale precipitadamente por la segunda puerta de la derecha, y apenas ha salido entra PEDRO. Durante las primeras frases, ISOLINA habla ocultando la cara, para que PEDRO no le vea los ojos enrojecidos por el llanto.

PEDRO

Hay que probar el preparado esta misma tarde, Isolina.

ISOLINA

Sí, ahora iré.

PEDRO

Acaso yo decida á papá á un viajecito, y quiero saber el resultado antes de irme.

ISOLINA

¿Irte?

PEDRO

Sí.

ISOLINA

De todos modos no te ibas á marchar en seguida.

PEDRO

Tal vez.

ISOLINA extrañada, lo mira; PEDRO al ver sus ojos se acerca á ella con gran emoción.

PEDRO

¿Qué tienes, Isolina?... ¡Tú has llorado!

ISOLINA

¿Estás loco?... ¡Yo qué voy á llorar!... Es que me puse á mirar el Sol así, frente á frente, y...

PEDRO

No, Isolina... Esas son cosas que se dicen cuando no se quiere confesar que se ha llorado... También á usted le han hablado... ¡Ni siquiera tuvieron paciencia para dejarme ir sin darme el dolor de ver lágrimas suyas!

ISOLINA

Háblame de tú como siempre, Pedro; háblame de tú... No entiendo lo que quieres decir,

PEDRO

Yo sé que soy causa de esas lágrimas; por eso me voy. Desde hacía tiempo era demasiado feliz y tenía miedo... Ahora me parece que en esta sola hora pago toda mi felicidad.

ISOLINA

No tienes que irte.

PEDRO

Sí, es mejor. La calumnia no respeta nada. Francisco me ha hablado; tal vez te acaba también de hablar á ti, y te ha hecho llorar... Además...

ISOLINA

Además, ¿qué?...

PEDRO

Bajando la voz:

Además... es verdad, Isolina.

ISOLINA

Cubriéndose la cara:

¡Oh, Pedro!... ¿Por qué me dices que es verdad?

PEDRO

No llores; no me turbes aún más de lo que estoy...

Yo hubiera querido irme como un muchacho loco que se cansa del trabajo; hubiera tal vez tenido el valor de sonreír al irme, y el tío, con el tiempo, se hubiera consolado de perder mi ayuda... Tú también me hubieras olvidado.

Espera ansiosamente la respuesta de ISOLINA, que tarda un largo instante en contestar, casi más con el gesto que con los labios.

ISOLINA

No.

PEDRO

Han sido tus lágrimas... Yo no lo hubiera dicho nunca; yo venero al tío, tú lo sabes... Me moriría antes de olvidar cuanto le debo, cuanto merece... No me juzgues mal, Isolina.

ISOLINA

No debes irte... Yo olvidaré lo que me has dicho... Hay que borrar el día de hoy, Pedro... Tu ida sería ya un golpe para Juan Antonio, y quién sabe si...

PEDRO

Es que ya te he hablado, que tal vez ya no tenga fuerzas...

ISOLINA

Hay que tener esa fuerza, hay que valer más que los otros.

PEDRO

Sólo mi presencia aquí te perjudica, según dicen... y debe ser cierto.

ISOLINA

¿Y qué nos importan los demás si estamos seguros de nosotros?

PEDRO

¡Oh, Isolina, tú no sabes!... Tú no puedes saber... Si yo creo que ya en el pueblo, cuando al oír hablar de tu boda yo me indignaba sin darme bien cuenta del por qué, "eso" era ya verdad... Yo te quería, te quise siempre... Es verdad que dejé la abogacía por estar más a tu lado, es verdad que por ti he tomado amor a la ciencia, que con tu presencia me pagaba... Porque el trabajo era el único sitio donde nuestras almas podían juntarse...

ISOLINA

¡Cállate... Cállate... Cállate!...

PEDRO

Yo no te lo hubiera dicho jamás... Tú no sabes cuántas veces he tenido que salir de pronto de una habitación donde tú estabas, para que no me lo fueran á conocer en los ojos... Te juro que ni un momento pensé en el mal; yo no soy...

ISOLINA

Te digo que calles...

PEDRO

¡Si es una vez sola la que he de hablar... escúchame esta vez!... Tú no comprendes la desgracia que es llevar en sí la maldición de hacer desdichado á quien se adora... Quiero que sepas que ni un momento he pensado mal. Yo sé que en seguida se aspira á pasar sobre todo para conseguir la dicha completa... Pero hay también quienes se conforman con una media felicidad que les permite ser piadosos. Yo soy de esos, Isolina... Ya ves, ahora que la voy á perder, esa media felicidad me parece una felicidad completa.

ISOLINA

No debes irte. Suframos nosotros cuanto sea pre-

ciso; pero Juan Antonio no debe suponer jamás... Tú sabes que su corazón no resistiría á eso.

PEDRO

Yo lo venero como tú; sin él tú no serías como eres, como yo te adoro.

ISOLINA

No debes irte... Prométeme que no te irás.

PEDRO

Él es más que nuestro padre...

ISOLINA

Más, mucho más... Hagámoslo por él... ¿Me lo prometes?

PEDRO

Me pides demasiado, Isolina.

ISOLINA

Te pido lo que él se merece. Mucho más daría yo por no turbar la poca dicha que le queda.

PEDRO

Una sola condición, Isolina.

ISOLINA

Sin condiciones... No me hagas arrepentirme de haber confiado en ti.

PEDRO

Una condición sola.

ISOLINA

No, no...

PEDRO

¿Es que tú no comprendes? . . . Es que necesito una convicción que me dé fuerzas para despreciar á todos y... para vencerme á mí mismo... No me la niegues... Yo te juro que jamás volveré á hablarte de esto; que mis ojos no te lo dirán tampoco nunca, que antes de manchar sus canas...

ISOLINA

Concluye, no me martirices.

PEDRO

Pero dime, Isolina, que sin ese deber que nos separa...

ISOLINA

¡Oh, Pedro... no eres generoso!

PEDRO

Dímelo...

ISOLINA

¡Pedro!...

PEDRO

Una sola palabra: mi salvación, mi fuerza para el sacrificio... Una sola palabra, Isolina...

ISOLINA

Con voz honda, con los brazos rígidos á lo largo del cuerpo.

Y bien... Sí.

JUAN ANTONIO ha aparecido hace un instante en la puerta del laboratorio. Al oír la última palabra de ISOLINA, la sacudida de su cuerpo es tal, que delata su presencia.

ISOLINA

¡Juan Antonio!

PEDRO

¡Oh!...

ISOLINA

Pero... ¿Lloras?... ¿Estás llorando?

JUAN ANTONIO

Queriendo en vano velar con una sonrisa la infinita angustia de su rostro.

No, no... Si no lloro... Si es que me puse á mirar al Sol así, frente á frente, y...

No puede más, y aunque ISOLINA y PEDRO corren al verlo apoyarse en el muro no llegan á tiempo para recoger el pobre cuerpo, que se desploma.

TELÓN

ACTO TERCERO

En el despacho de JUAN ANTONIO. Una gran mesa de trabajo con dos carpetas. Un sillón y una silla á cada lado de la mesa, respectivamente.

Puertas al fondo y á la derecha; una es la de la alcorba y la otra se abre sobre un pasillo. Es de noche, y sobre la mesa una sola lámpara alumbra toda la habitación.

JUAN ANTONIO está solo, sentado ante la mesa; uno de sus brazos aparece aún desnudo, y la jeringuilla hipodérmica acaba de hacer en él una inyección... Luego guarda la jeringuilla, bajo la manga de la chaqueta, y apoyando los codos en la mesa y el rostro en las manos, queda absorto. FRANCISCO entra, y tiene que llamarlo dos veces para apartarlo de sus pensamientos.

FRANCISCO

Juan Antonio...

Más alto:

¡Juan Antonio!

JUAN ANTONIO

Ah... ¿Eres tú, Francisco?